

DOMINGO II DE PASCUA

El evangelio de hoy narra una de las apariciones de Jesús resucitado a sus apóstoles. Aquel día, Tomás no se encontraba en el grupo. Cuando sus compañeros se lo explican, a él le cuesta creerlo. Cuando Jesús vuelva a aparecerse, Tomás creerá y Jesús le dirá: «¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto».

La primera reflexión a que mueve este texto es la de que Tomás no vio al Señor porque no estaba con la Iglesia. Si repasamos el itinerario de la fe de cada uno de nosotros reconoceremos que hemos aprendido a ver las cosas de la fe en el seno de la Iglesia. Es como un niño pequeño que aprende a hablar y a relacionarse con el mundo que le rodea gracias a sus padres y hermanos. Lo mismo sucede con el cristiano, aprende a tratar a Dios, a rezar, a verlo y a descubrirlo en el mundo, gracias a la Iglesia.

Jesús a sus apóstoles les da dos cosas. En primer lugar su paz. La paz es la realización más perfecta del Espíritu Santo en el corazón de cada uno de nosotros. No la paz del mundo, sino la paz de Cristo. Dios, por la gracia, va edificando paz. Después les da también el poder de perdonar los pecados, es decir, de aplicar la salvación de Cristo a todos los hombres. Y, además, los envía. «Como el Padre me ha enviado así también os envío yo».

Una vez que Jesús ha realizado su obra en el mundo, llama a los apóstoles para que la continúen. La primera lectura nos narra cómo los Doce se pusieron enseguida manos a la obra y reproducían, con sus actos, los mismos signos de Jesús. Es así porque el Señor ha entregado su poder a la Iglesia: el de sanar, el de perdonar, el de anunciar la verdad, el de llevar la paz a los hombres y mujeres sin esperanza, el de iluminar las tinieblas de este mundo...

En la misma línea, san Juan, en la lectura del Apocalipsis, nos habla de Cristo resucitado que acompañará a su Iglesia a lo largo de todos los tiempos. «Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive». Por eso, todo hombre puede encontrarse con Jesús, que está vivo y vive para siempre, a través de la Iglesia. La Iglesia no se limita a explicar unos hechos acaecidos hace siglos, sino que sigue propiciando el encuentro de cada hombre con Jesús. Por eso, la auténtica vida cristiana supone siempre una experiencia de Cristo, dejarse transformar por Cristo.

Pidamos a la Virgen María vivir esta Eucaristía como un encuentro real con Jesús, que nos habla ahora y aquí por su Palabra, que está realmente presente con su Cuerpo y con su Sangre, y en medio de todos y cada uno de los miembros de esta comunidad reunida en su nombre.